

niños y que ahora se leen con infinito amor en todo Europa.

reparte generosamente limosnas. Muchos días sale con su coche, lleno de paquetes a los ba-

auténtica a...
dice el modista Marbel: mucha-
cha distinguida, sobresaliente a
fuerza de pura sobriedad y pura
sinceridad. Es una mujer poseedo-

de Bélgica.

LYRIA

EL AHORRO, ¿ES UNA VIRTUD?

29 Sept. 50.

Quizá sean los niños los espíritus más sensibles a las cuestiones radicales de la existencia, a las más propiamente filosóficas. Si preguntáis a un hombre maduro para qué cree haber venido al mundo o a qué dirige su vida percibiréis la extrañeza de quien se ve interrogado de asuntos muy alejados de su atención; si preguntáis eso mismo a un niño veréis que lo acoge como la pregunta más natural y os da una pronta contestación.

He realizado varias veces esta experiencia proponiendo la cuestión a niños de ambientes poco religiosos o desecristianizados, y siempre he obtenido la misma respuesta, con variantes solo de expresión: nacemos y vivimos... para disfrutar, para ser felices. Los niños de ambiente cristiano suelen responder a esta pregunta con una frase que aprendieron en el catecismo: para servir a Dios en este mundo y gozarlo en la eternidad.

Una y otra contestación tienen un punto común: el gozar. Parece que la idea de gozo o placer es inseparable de la finalidad vital, es decir, el punto en que se rompe ese círculo de lucha y mantenimiento que es la vida. Sin embargo, en la primera de las respuestas el goce —como quiera que se lo imagine— tiene un sentido inmanente a la vida, al paso que en la otra se vincula a un más allá de contemplación o de fruición divina.

Cabe ver en estas respuestas infantiles no más que fórmulas de sentido oscuro, poco consciente para quienes las dan, y aun reconocer una mayor espontaneidad o sinceridad en la del disfrute como objetivo del vivir. Sin embargo, pienso que representan dos actitudes vitales radicalmente diversas que maduran a lo largo de cada vida humana en modos antitéticos de enjuiciar y de reaccionar ante las cosas.

Siempre ha llamado mi atención el cambio de actitud que se ha operado en individuos y familias hacia eso que llamamos espíritu de economía o de ahorro. Creo ver en tal evolución un ejemplo muy claro de esas posiciones radicales ante el sentido de la vida.

No hace falta ser viejo para apreciar la forma, sorprendente como se ha difundido sobre el concepto de ahorro un cambio radical de valoración en los últimos treinta años. En las familias donde nuestros padres eran hijos se inculcaba como principio elemental el deber del ahorro, sea cualquiera el nivel social o económico de las mismas. El niño adquiría ambientalmente el horror al despilfarro o a la imprevisión, y el deber de guardar, dentro de lo posible, para el mañana. La economía doméstica estaba basada universalmente, aun en las clases más pudientes, en un orden y un espíritu de economía de tal austeridad que su recuerdo nos hace a veces sonreír cuando consideramos la nimiedad de algunos de sus posibles resultados a la luz de una racional contabilidad doméstica. Junto a esta

disciplina en los hábitos de gasto superfluo nos sorprende igualmente la liberalidad de aquellas familias en lo que se estimaba necesario, como la comida, y asimismo los costosos hábitos de hospitalidad que nunca ponían trabas al convite y al huésped.

En cambio, diríase que hoy, en el ambiente de las grandes ciudades, se propugna el «deber de la imprevisión» y la aversión al ahorro con el mismo convencimiento que antaño se predicaba el espíritu de economía y de previsión familiar. La gran mayoría de los individuos y de las familias de ambiente ciudadano gastan hoy, sin la menor intención en contrario, cuanto ingresan, e incluso utilizan su crédito para disfrutar hoy de los medios de placer o comodidad que pagarán mañana. Simultáneamente, el ideal educativo —más o menos oculto— en los padres no es ya inculcar a sus hijos hábitos de austeridad y ahorro con que puedan cumplir sus deberes futuros, sino crear en ellos capacidad de desenvolverse y de actuar con eficacia —de se débrouiller— para obtener del medio más de lo que normal y equitativamente correspondería a su esfuerzo.

Es frecuente aducir en pro de esta actitud razones que tranquilizan los espíritus en la fruición total y diaria. De cuanto se posee frente a los hábitos heredados de previsión y economía. Ante todo, razones de tipo técnico-económico: es conveniente para el bienestar general que el dinero corra, que no se estanque. Además, la previsión la da hoy resuelta el Estado, y la que se hace fuera de él no obtiene más premio que el de cobrar mañana lo que hoy se ahorra en moneda desvalorizada por el paso del tiempo. Se omite siempre al razonar así que la inflación es consecuencia obligada del espíritu de imprevisión y de la explotación del crédito, y que la previsión estatal, aunque pueda ser necesaria en un ambiente donde no exista ya otra, sojuzga la verdadera libertad así como la sana autonomía del hombre y de la familia.

Incluso se ha tratado de apoyar ese nuevo espíritu de imprevisión en razones religiosas. El abandono de las avejillas del cielo y de los bienaventurados; los lirios del campo y su ropaje... Se olvida aquí también que el abandono del santo y su indiferencia ante el mañana son el resultado de la más extraordinaria de las economías y de la más heroica de las austeridades: del constante ahorro de energías ascéticas y la diaria negación de sí mismo en el vencimiento interior. De forma tal que la virtud de la santidad viene a ser la acumulación de todas las energías en un solo amor, y la anulación de todo deseo fructivo en un solo anhelo trascendente.

Creo firmemente que el ahorro es una exigencia fundamental de la naturaleza, sobre todo de la viviente, y que la previsión se encuentra radicada en el mismo constitutivo formal del hombre, de modo

tal que su disminución o su anulación son obras «contra natura» que anulan o disminuyen en el individuo su condición humana. Toda vida animal es creación de hábitos, esto es, ahorro de una energía potencial que capacita al ser vivo para enfrentarse con la experiencia por venir. El animal que fuera pura espontaneidad actual —«mens momentanea»— no lograría trasponer los movimientos elementales de atracción o repulsión inmediata. Si al obrar no reservásemos espontáneamente por la atención y la memoria una parte de nuestras energías para la formación de hábitos, viviríamos perpetuamente los primeros esfuerzos por ver, por andar, por alcanzar las cosas con la mano... El hábito es ahorro psicológico como el desarrollo o crecimiento físico es economía de fuerzas vitales que servirán en su día para enfrentarse con la enfermedad o la vejez.

Pero el hombre, como ser racional y libre, es capaz de crear además unos hábitos especiales orientados al bien o al mal, que son las virtudes y los vicios, hábitos morales. La educación consiste precisamente en fomentar en cada hombre los hábitos del bien y preservarlo de los hábitos del mal, pero sobre todo de constituir en él esa fuerza o temple del alma que es la «virtud» por antonomasia: la capacidad interna de esa adquisición o de esa renuncia, el poder de abstenerse ahora de la incitación presente en gracia de incitaciones más altas o alejadas. O, en otras palabras, el dominio de sí mismo, la capacidad plena de ahorro, la verdadera libertad de espíritu. La diferencia psicológica entre el salvaje y el civilizado, o entre el niño y el adulto, consiste cabalmente en la capacidad de reservarse ante el presente con la vista en un porvenir o un más allá de cualquier orden.

«Abstine et sustine» —abste y mantente— de los antiguos estoicos constituyó siempre la esencia de toda pedagogía. Puede haber variado con las distintas escuelas filosóficas o religiosas el fin o bien último en nombre del cual debe el hombre soportar y mantenerse, pero la esencia de la educación será siempre esa accessis de ahorro virtuoso: un hombre incapaz de contenerse y de aguantar no será jamás un hombre educado ni virtuoso al igual que un hombre capaz de accessis y dueño de sí mismo en todo tiempo y lugar es un ejemplo de educación y de virtud.

Es de Gustave Thibon la observación de que el despilfarro y la imprevisión de las actuales generaciones es consecuencia de una previa degeneración del concepto de ahorro, degradación que tuvo lugar en el siglo XIX. Fue la tendencia de la burguesía a reducir la formación de reservas o el ahorro a su aspecto puramente ornamental, separado de sus fundamentos reales. En épocas anteriores y más religiosas, un señor medieval, por ejemplo, o un campesino encerrado en su patrimonio familiar y

cargado de hijos, no ahorran propiamente dinero. Pero acumulaban otras cosas: un patrimonio solar que les permitía vivir trabajandolo, hijos para continuarlo, buenas costumbres, tradiciones de apego a lo propio... Eran gentes que sabían negarse a un incentivo de hoy en nombre de un porvenir que debían preservar y fecundar. Eran generaciones que no concebían un futuro sin hijos, ni unas rentas venideras sin trabajo. Ellas plantaban árboles de lento desarrollo que no llegarían a disfrutar en su vida.

La burguesía post-revolucionaria resumió en reserva de dinero aquellas otras reservas vitales que pasó a considerar no más que como obstáculos al incremento de las rentas y a su disfrute personal. El sano espíritu de economía se sustituyó en general por la sórdida codicia de dinero. En Francia, la generación «sin hijos ni patrimonios raíces» fue la generación del ahorro rentista. «Cuando este proceder se generalice —dice Thibon— ¿qué valdrá el dinero prestado al Estado en una sociedad de viejos, todos igualmente improductivos y todos a cargo del Estado, es decir, a cargo los unos de los otros? La reserva de dinero, si no es confirmada y avalada por la formación, al menos paralela— de reservas humanas, se convierte en riqueza muerta— en riqueza empobrecedora». La inflación y el gran timo de los «Nouveaux Francs» han sido en Francia el resultado sangriento de un siglo de ahorro puramente monetario. Y el despilfarro de la nueva generación de «vida al día», su consecuencia inmediata, así como el socialismo y la pérdida de la libertad humana nacerán de ser su consecuencia última.

No puede haber dignidad humana ni ambiente de libertad sin espíritu de economía en los hombres. Pero esta economía debe ser armónica, es decir, material y espiritual a la vez, de dinero y de las reservas vitales que sostienen el valor del dinero. Este sentido global humano del ahorro se explica por qué las cajas de ahorro y las Cajas de Ahorro poseen generalmente, a diferencia de los Bancos, un carácter benéfico y educativo, y por qué las virtudes profundas sin las que el ahorro no puede existir.

El espíritu de economía es, además, la única garantía profunda de armonía y de estabilidad en el cuerpo social. Sólo el hombre que posee o adquiere reservas puede ser generoso y acogedor. La casa abierta, el cuarto del huésped, el huérfano prohibido, se dan sólo en hogares de honradas reservas y sanas costumbres. El dilapidador es generoso únicamente en el momento del placer o de la orgía, pero suele ser después el hombre duro e insensible a la vida de los demás. Y si no lo es por carácter, ha de ser por necesidad un parásito del prójimo o, cuando menos, de la inflación ambiental.

Bafael GAMBRA